La obra completa de Miguel Hernández

Pocos casos de tan vasta influencia con tan pocos libros asequibles como el de Miguel Hernández en la poesía española contemporánea. Un manojo de poemas difundidos con dificultad bastó para atraer a la mayoría de los poetas y de los lectores de los últimos veinte años. Así de *convincente*, así de *proselitista*, resulta. Por primera vez se editan sus obras completas, aunque nos tememos, fundadamente, que tampoco esto remediará en España, por ahora, la penuria de libros suyos.

Un tomo de obras completas –aunque sea tan deseado como éste[1]– nos hace siempre pensar en la conveniencia o inconveniencia de sacar a relucir hasta los más incipientes borradores. En Fulano todo tiene interés, decimos del autor admirado. Lo tiene, es cierto, para los estudiosos, para los que se preocupan especialmente de estos temas. Ante los demás, se corre el riesgo de confusión. Porque el gran poeta nace, en efecto, pero también se hace, y ese hacer se elabora en sucesivas etapas comenzando por tanteos, balbuceos que nos ofrecen precisamente esa lección: la de cómo se forma una personalidad genial. Así acaba de ponerlo de manifiesto Ramón de Garciasol en su libro sobre Rubén Darío.

La fama justa de Miguel Hernández resiste, desde luego, la prueba, y es más que interesante: apasionan-

[1] *Obras completas*. Edición ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez. Prólogo de María de Gracia Ifach. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires (Argentina), 1960.

te, ver la línea ascendente partir de unos juegos casi infantiles, con imágenes coloristas tocadas de greguería («Si te suelto / en el aire / oh limón / amarillo / me darás / un relámpago / en resumen»), y llegar al estremecedor pareado («Adiós, hermanos, camaradas, amigos: / despedidme del sol y de los trigos»), escrito a fines de marzo de 1942, en la cárcel de Alicante, donde moría el día 28.

En la naturaleza sensual, apasionada y exuberante del adolescente levantino se adecuó con facilidad la retórica gongorina, el gusto por lo conceptuoso, el barroquismo del XVII. Mas qué aciertos nos sorprenden escondidos en la ganga de las primeras influencias, qué tersura de versos como metales preciosos en la pura mina poética a medio descubrir del muchacho pastor, del incansable lector casi niño. Y, desde el primer apunte, una constante: la comunicación viva con lo real, con la naturaleza.

Por aquellos años de sus primeros cuadernos escritos en el campo natal, Miguel debía de devorar poesía clásica y moderna. Si Góngora, Quevedo y Garcilaso nos llegan tan a las primeras de cambio, si Fray Luis aparece, por ejemplo, en las liras de un poema titulado *Huerto mío*, creo yo que Rubén tuvo alguna mano en el juego de alusiones mitológicas y hasta es curioso ver la afinidad en el empleo de frutas con simbología sexual. El tema de los atributos sexuales se inicia en la poesía de Miguel pronto, embozado primero con palabras rebuscadamente cultas y ennoblecido luego de amor y de coraje. De los poetas modernos, pudiera verse la sombra gui-

lleniana en unas bien cortadas décimas y la del Gerardo Diego creacionista. Alberti aparecerá después, como Neruda y, decisivamente, Aleixandre.

Esta primera parte del volumen es muy rica en obra inédita. Después de sus libros *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa* —donde el gran poeta ya se afirma y se independiza, para saltar luego a la cumbre de su última época—, se recogen los importantes libros *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*. Creo que se publica por primera vez completo *El hombre acecha*, que fue, como se sabe, un libro frustrado en 1939 y en el cual la combativa y viril poesía de *Viento del pueblo* viene conmovedoramente aliada a la ternura y al dolor. Al *Cancionero y romancero de ausencias* —el más emocionado y herido— se le han agregado algunas canciones. También se aumentan, sobre las conocidas, varias poesías de la última producción y de épocas intermedias, obra que no llegó a ser destinada por su autor a ningún libro concreto. Como las obras completas no lo son nunca del todo, echo de menos un poema, muy hermoso, que si no me equivoco debe atribuirse a la primera mitad del año 1936, titulado *Alba de hachas*, el cual, con otro de parecidas fechas: *Sonreídme*, y con el drama *Los hijos de la piedra*, escrito en 1935, constituye claro documento de la conciencia que, como poeta, tenía formada Miguel Hernández antes de la sacudida de la guerra. En el volumen se incluyen también las piezas teatrales.

El cariño y la devoción de María de Gracia Ifach han dado al prólogo un estremecido acento cordial, comu-

nicativo de calor humano, de anécdota viva. Lástima que en edición de semejante porte —justo homenaje a nuestro gran poeta en el año en que se cumplieron los cincuenta de su nacimiento— fallen por incompletas las páginas de bibliografía.

L. de L.

«Contemplación de España», de Luis López Anglada

Si tuviésemos que definir la poesía de Anglada hasta hoy diríamos que es la más impremeditada de nuestros días, como un brote manifiesto con jubilosa elementalidad, de manera simple que contrasta con la frecuente poesía compleja, tocada de metafísica o bien sumida en preocupaciones humanas y sociales. Los poemas de Anglada presentan galanura expresiva y desenfadada naturalidad, trascienden el entusiasmo del que avanza por una naturaleza feliz. Acaso esta postura nace de la fe religiosa, pero lo cierto es que no se da en otros poetas creyentes. Hábil en el manejo del verso, el ritmo y la imagen cubren ágilmente brillantes formas que si, a veces, le han hecho quedarse en cierta superficialidad, también le han regalado hallazgos expresivos y logros poéticos indudables. La claridad gozosa y el sosegado y firme sentimiento amoroso hacen la sonora materia de su canto. A medida que avanza el tiempo sobre